

TODOS LOS SANTOS

Para dar con un santo o una santa no hace falta recurrir al santoral o buscar en el año cristiano. Todos los días, en cualquier esquina, en cualquier momento, en muchos acontecimientos que ocurren a nuestro alrededor podemos ver cómo Dios sigue tallando santos de carne y hueso, hombres y mujeres que le aman... *¡Y se nota!* Son aquellos que *¡dejan huella!*, que nos ayudan a ser mejores, que nos ofrecen un estilo de vida especial. Son personas que, sin hablar, se dedican en cuerpo y alma a los más pobres; personas que, quizás sin mucha cultura, pero con mirada afable nos indican que la bondad es un milagro permanente, capaz de cambiar la tristeza en alegría, el odio en amor, y la incredulidad en fe. Para ellos es esta fiesta de hoy, esta Solemnidad, un día grande, hermoso, en la vida de la Iglesia.

Dios, el único que es Santo, ha diseminado millones de semillas de santidad a lo largo y ancho del mundo. La santidad no es una conquista humana, no puede ser fruto de esfuerzos y puños; sería muy cansado y agotador. **La santidad es la invitación gozosa de Dios a participar de su misma esencia.** El Santo nos quiere “santos”. Juan Pablo II nunca se cansó de repetirnos esta invitación: “*¡Sed santos!... ¡No tengáis miedo a ser santos!... ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!*”. Y el Papa Francisco nos lo volvió a decir, con su estilo, de modo muy gráfico, al hablar de “*los santos de la puerta de al lado*”.

La santidad es la vocación universal de todo cristiano. Si esto es así, entonces ¿por qué ponemos tan poco entusiasmo en buscar la santidad? ¿Quizás porque al oír la palabra “santo” miramos sólo hacia los altares y no a nuestras casas, o pensamos en las aureolas en sus cabezas y no en las herramientas del trabajo diario?

El único enemigo de la santidad es la mediocridad, y el verdadero paralizante de la santidad es pensar que ellos -los santos- son una realidad tan superior a nosotros que nos va a ser imposible alcanzar. ¿Qué tuvieron de extraordinarios Teresa de Jesús, Francisco de Asís, Catalina de Siena, Ignacio de Loyola, Luis Gonzaga, Carlo Acutis, Vicente de Paúl, y tantos otros? Humanamente nada distinto a nosotros, pero sí hicieron una cosa: **¡Se dejaron hacer por Dios!, supieron “dejar a Dios ser Dios en sus vidas”**. Fueron sencillos instrumentos en sus manos, y Dios hizo con ellos música para deleitar al mundo. Como ellos, tantos anónimos con los que cada día compartimos mesa y café, apellidos y también estudio o trabajo. Cada uno podemos santificarnos en nuestro actuar diario, con nuestros dones y carismas puestos al servicio de Dios.

Así, la Fiesta de Todos los Santos nos invita a tomar conciencia de nuestra vocación: reflejar la santidad de la Iglesia, Pueblo de Dios. Nos anima al optimismo, a mirar al cielo, a seguir en la carrera... sin olvidar que es el mismo Jesucristo quien nos ofrece ocho caminos para la santidad: las Bienaventuranzas. Si las hacemos nuestro itinerario de felicidad seguro que escucharemos: “*¡Dichosos vosotros!... ¡Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo!*”.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM, y Consiliario de Manos Unidas
y de la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes